

La vida en la Universidad de El Escorial (+)

(LOS PP. ISIDORO MARTIN Y CONRADO MUIÑOS)

POR

EDUARDO AUNÓS

Mi colaboración en «La Prensa» la llevaba a cabo desde la Universidad de El Escorial, incluso, durante el curso académico, haciendo desfilan por las páginas del periódico todas mis preocupaciones de joven universitario. En él se reflejaban mis estudios, mis quimeras, mis tendencias literarias, mis apasionamientos y mis querellas de escolar inquieto y anhelante de descubrimientos sentimentales, intelectuales y jurídicos. En aquel centro docente desempeñaba las funciones de director de estudios el padre Isidoro Martín, agustino de honda cultura, gran corazón, ingenio despejado y agudo sentido de las realidades políticas y sociales. Fué una inmensa suerte el encuentro en los caminos de mi vida con este insigne agustino, conocedor como pocos del hondo espíritu redentor y humano que palpita en la más auténtica interpretación del mensaje evangélico. Lleno de amplio concepto ecumé-

(*) Reproducimos con sumo gusto el presente artículo del ex ministro e ilustre escritor don Eduardo Aunós, antiguo alumno de nuestro Colegio de Estudios Superiores de El Escorial, extractado de su «Discurso de la vida», págs. 138-156.

nico, se interesaba por todo cuanto podía tener efectiva resonancia en los ámbitos de la cultura y del destino final de los pueblos. Asomado siempre, con cordial entrega de sí mismo, al alma de sus discípulos, trataba de acechar a tiempo los peligros o vacilaciones que pudiesen cernirse sobre ellos. Se me apareció desde el primer momento como un refugio para mis inquietudes de adolescente y nuevo estímulo para la dedicación de mis actividades al ancho y estimulante ámbito de la literatura en lo que ésta tiene de posibilidad creadora y de disciplina histórica y crítica. El padre Isidoro conocía a fondo las letras francesas y la política del país vecino. Una larga permanencia en París le había permitido ponerse en contacto con los centros de cultura religiosa más ilustres de Francia, con los aladides de mayor relieve en la órbita del pensamiento social cristiano y con los representantes de la última tendencia reintegradora de las letras francesas al seno de la catolicidad. Gracias a sus consejos y orientaciones, me adentré en las principales metas que en el orden social perseguía la Iglesia, y los nombres y las obras de La Tour du Pin, del padre Ketteler, del Conde de Munn, de Vogelsang, de Le Play y tantos otros innovadores de la sociología católica, llegaron a mi conocimiento, no sólo con el frío concepto teórico de sus doctrinas, sino en el ambiente humano, dentro del cual habían sido vertidas. La influencia del padre Isidoro me hizo preferir a Paul Bourget entre los novelistas franceses de su generación. Las ideas de este escritor, opuestas al divorcio, llenas de sentido de jerarquía, e impregnadas de religiosidad, se basaban en los conceptos sociales y estéticos de Bonald, de Taine y de Le Play. Con su lectura descubrí nuevas perspectivas humanas, siendo, por un momento, como el gran remanso de mi vida. Su novela «La Etapa» pasó de las manos del padre Isidoro a mi celda de escolar, y tras ésta, me dió a conocer «El Discípulo» y el «Démon du Midi»,

que, junto con «Un Divorcio», son los grandes hitos espirituales de este autor, hoy día casi olvidado.

Otra figura literaria que el padre Isidoro se complacía en evocar frecuentemente era la de Barrès, aunque sentía por ella menos simpatía que por la de Paul Bourget. A mí tampoco me gustó nunca de modo extraordinario este ingenio, nacido del cosmos del simbolismo en extraña alianza con el pensamiento de Taine y de Renán. Romántico en política, recogió los fantasmas todavía prestigiosos de este movimiento revolucionario, para revestirlos con las apariencias de una actualidad que no podían tener, porque de ellos sólo quedaba en pie la aspiración igualitaria, ante la cual nuestro autor retrocedía asustado. Su idealismo, de ascendencia simbolista, resultaba tan vacío como su sentido nacionalista, al que dió un giro exaltado y enfermizo, cuya esterilidad creadora se halla a la vista con sólo considerar las últimas incidencias de la vida pública de Francia. Sin embargo, lo mejor de Barrès es lo que le quedó de simbolista a través de sus evoluciones en el mundo de la literatura y de la política. Carlos Peguy era, en cambio, admirado cordialmente por mí profesor y por mí mismo. Veíamos en él al portador de un mensaje, cuya claridad había de agrandarse a lo largo del tiempo, adquiriendo matices de extraordinaria trascendencia redentora. A él se debía la distinción en todos los movimientos de nuestro tiempo, entre lo que tienen de místico, es decir, de noble y universal, y lo que tienen de político, en el sentido peyorativo de esta palabra, entendida como fuerza de dominación material bastarda y de intereses partidistas limitados. Hasta en la religión advierte Peguy estas dos vías de posible ascenso y descenso, y su socialismo cristiano tiene por ideal desasir a las masas de todo cuanto representa interés de partido o pura apetencia temporal. Enemigo de los técnicos profesionales, del saber primario y del progreso unitario, propone como modelos de nueva humanidad, al santo, al soldado y al ciudadano recto y

heroico en el cumplimiento de su destino. Se alzó, como yo mismo lo hacía desde mi celda de El Escorial, frente al racionalismo intelectualista de Maurras, y su concepto literario de la política que ha situado a la juventud ante un callejón sin salida.

El padre Isidoro, que había asistido frecuentemente a las sesiones de la Cámara francesa, me daba a conocer las principales figuras parlamentarias de aquel país y la impresión que le produjo la oratoria de un Jaurès, de un Clemenceau, de un Briand. De su mano he podido seguir las etapas más salientes de la historia contemporánea de la Iglesia y las evoluciones políticas del mundo moderno. Otra figura eminente de la Universidad escurialense durante mi primer año de estudios fué la del padre Conrado Muñón, que fué mi profesor de Literatura. He ahí el artículo que sobre este ilustre literato publiqué en «La Prensa», de Lérida, el día 15 de octubre de 1912:

«Los lectores de «La Prensa» conocen al padre fray Conrado Muñón por su novela «Simi la hebrea», publicada en este periódico, donde revela dotes de pulquísimo realista, y se desenvuelve con toda la esbeltez de su prosa limpia de barbarismos y demás vicios gramaticales, tan en boga hoy, por desgracia, en ciertos ámbitos literarios, que tan sólo atienden al mayor o menor lucro que puedan reportales sus obras. El padre Conrado Muñón es todo lo contrario; tan sólo aspira a presentarse ante su público como un artista, un espíritu desinteresado, acechador de vidas y problemas humanos, que expone con clarividencia admirable. Sus ideas y argumentos se infiltran suavemente en el ánimo del lector, quien los admite como lógico despliegue de altas realidades, porque son creaciones de un artista sincero consigo mismo y con los demás, desligado de todo aparato y ficticia hinchazón.

»Muchas son las novelas que en su larga carrera literaria ha escrito el padre Conrado Muñón; pero no dudo un momento en decir que la más admirable, la más

exquisita es «¡Si yo tuviese madre...!»). En ella es donde se ponen de relieve todas sus cualidades de magnífico expositor y hombre de exquisita sensibilidad, fundiéndose las espontaneidades de su alma con un lenguaje de poética entonación y limpio estilo. Las obras del padre Muiños tienen la virtud de mecer blandamente la imaginación del lector, que se embelesa en las páginas de sus libros y con el variado matiz de las más hondas emociones. Pocos logran como él impresionar las fibras más sensibles del corazón con la descripción de personajes, de ambientes y estados de alma. En realidad podríamos situarle entre los novelistas que poseen un mayor dominio de los resortes psicológicos que mueven a los hombres.

»Pero si grande es la figura del padre fray Conrado Muiños en la novela, lo es más aún, si cabe, en la poesía. Allí es donde desparrama todo su ingenio y donde resalta más vigorosamente su personalidad literaria. Unas veces parece seguir al sublime agustino Fray Luis de León, por quien siente una admiración extraordinaria; en otras se revela como digno émulo del cantor de Padilla. Pero en donde le he admirado más incondicionalmente es en la oda a Santa Teresa, a quien el poeta invoca con suprema dulzura y místico arrebató, como puede apreciarse en estos versos arrancados de la misma:

«Padecer o morir fué tu divisa;
Dios te otorgó el vivir para tormento
Para que mártir fueras
Con martirio de amor profundo y lento.
¡Oh!, que es temible congojosa muerte,
Al pobre corazón enamorado,
Entre cadenas arrastrar su suerte
Ausente de su amado:
Verle quizás que en lotanza asoma
Y sentir de sus ojos los reflejos
Y oír su acento y aspirar su aroma

Y lanzarse en pos de él, ver con desvío
Su hermosa faz desaparecer lejos
Y estrechar en los brazos, el vacío.»

La Universidad estaba todavía impregnada del prestigio personal del padre Blanco, autor de un magnífico estudio sobre la historia de las literaturas española e hispanoamericana en el siglo XIX, así como del que con tanta brillantez supo ganar el padre Cámara, verdadera figura áurea del catolicismo español de principios del siglo. En sus aulas se reunían profesores de la talla del padre Montes, ilustre penalista, y del gran filósofo padre Arnaiz, de la escuela del cardenal Mercier. Para mí representó El Escorial una posibilidad más de contacto con todas las corrientes del pensamiento español, a la vez que una entrega absoluta y firmemente sentida a las inquietudes nacionales y a la literatura castellana. Percibí por experiencia directa las dificultades de mi adaptación al acento puro de Castilla, haciéndome notar por mis vocales abiertas y mis giros regionales, un poco pintorescos en ocasiones. Pero no me arredré ante tales escollos. El arma de que me serví, al objeto de hacerles frente, fué fingir ignorarlos y pensar que del mismo modo que cada uno posee sus trazos fisonómicos diferenciales, también tiene derecho a expresarse con su acento peculiar, faceta que contribuye, indudablemente, a dibujar la personalidad. Sin alardes ni complejos de inferioridad ridículos, que en algunas ocasiones, agravados por la estupidez de inoportunas burlas, tanto han contribuído a forjar la mentalidad separatista en Cataluña y el país vasco, decidí irme adaptando, paulatinamente, hasta donde pudiera, a las inflexiones castellanas, prefiriendo producirme con naturalidad antes que forjarme violentamente una máscara sonora.

En el colegio de El Escorial se completó mi formación cultural y literaria. El padre Isidoro Martín, siempre atento a la inquietud de sus alumnos y dispuesto a captar sus

más íntimos anhelos, me permitía llevar a la habitación cuantas obras de la biblioteca rectoral eran de mi agrado. Esta generosidad, que todavía hoy merece mi gratitud más emotiva y cordial, me indujo a considerar los libros de texto y los apuntes de clase como una dura obligación, a la que daba cima con la máxima rapidez para poder consagrar así el mayor tiempo posible de la jornada a mis lecturas preferidas, por las que sacrificaba las siestas reglamentarias de la primavera, e incluso una parte de los recreos. Entre las más gratas tareas de tantas como arbitraba el padre Isidoro para preparar a sus discípulos en los arduos cometidos que pudiesen corresponderle en el porvenir, recuerdo con especial agrado la compendiada en el simpático menester de publicar una revista dedicada a recoger las inquietudes literarias de los alumnos de la Universidad. Desde largo tiempo, como he indicado en el anterior capítulo, venía apareciendo un boletín, denominado «El Colegial», que, aparte contener algunos ensayos de carácter genérico, se dedicaba preferentemente a servir de comentario a las incidencias de la vida universitaria en todos sus aspectos. Cuando el padre Isidoro reunió a los redactores por él escogidos para continuar esa publicación, surgió la idea de darle un carácter más amplio, con la pretensión de convertirla en una revista literaria, cuyo único vínculo con la Universidad—por lo menos aparentemente—sería el de ser editada por ella. Esta iniciativa, realizada en parte por los que pertenecíamos a aquel Consejo de redacción, tuvo como desenlace la aparición de «Nueva Etapa», publicación mensual, cuyo título dió lugar a discusiones prolijas.

Cuando apareció el primer número de la revista, se pensó por la redacción en ofrendarlo a Su Majestad el Rey, quien, en definitiva, era el protector de nuestra Universidad, fundada un día bajo los auspicios de su augusta madre, la reina doña María Cristina. El padre Isidoro dió a conocer al rector de la Universidad, que lo era por

tiró, comenzaron a penetrar en la cámara regia, uno tras otro, los visitantes de mayor relieve, civiles y militares, anunciados en alta voz por el mayordomo de servicio. El espectáculo que se desarrolló ante mí durante esos momentos, en realidad breves, me pareció como una recapitulación de los últimos cien años de la vida política española. Allí, en esos pocos metros de espacio, se había decidido lo más sustancial de las luchas, inquietudes y episodios, cuya proyección histórica constituía el precedente inmediato de todos cuantos sucesos se producían entonces con fragor de actualidad. El ambiente de aquellos dos últimos salones de Palacio era la síntesis de una vida social y política dilatada, concentrada en ellos, como el perfume de millones de flores que llenarían con sus tallos y corolas innumerables cuadros del más dilatado jardín, se halla virtualmente contenido dentro de un minúsculo frasco de esencia.

Cuando me hallaba sumido en estas reflexiones oí que una voz decía con imperativo acento: «Comisión de alumnos de la Universidad de María Cristina de El Escorial.» Como movidos por un resorte, nos reunimos todos en torno del padre rector y penetramos hacia la sala regia. El Rey estaba de pie. Vestía traje de americana cruzada, de color azul oscuro. Su blanca camisa, de cuello duro, hacía resaltar una discreta corbata de tonos azules con fino rameado del mismo color. Toda su persona expandía un aura de simpatía y de distinción. Ancha frente, ojos vivos, nariz y bellos borbónicos, fina y aristocrática silueta, estatura alta y gesto cordialmente comprensivo: he ahí cómo se me apareció en aquel final de mañana el Rey de España. No era como aquel otro que vi en esa tarde ya lejana de mi excursión infantil. Entonces, ante mi imaginación desorbitada, más me pareció un príncipe de ensueño que un personaje de carne y hueso. Ahora, por el contrario, lo hallaba a la altura de su destino y encajado en la realidad maciza del vivir cotidiano. Todos le besamos reverente-

mente la mano diestra, después de haber sido presentados nominalmente por el padre Teodoro. Sin perder momento nos preguntó sobre nuestros estudios, materia en la que aquél le informó ampliamente. Trató después de conocer nuestras impresiones sobre la revista, a lo que contestó el alumno-director de la misma, que lo era Félix Boix, agudo escritor, de gran temperamento artístico. Finalmente, inquirió sobre los emblemas del pergamino, y a quema ropa, dirigiéndose a mí, me preguntó: «Esto son dos águilas, ¿verdad?» «Perdón, señor — le repliqué —, son dos grifos.» «¿Por qué los habéis puesto ahí?», insistió cariñosamente. «Representan, señor—le dije no sin emoción apenas disimulada—, los animales mágicos que, según el «Libro de Alexandre», de Juan Lorenzo Segura de Astorga, fueron uncidos al cesto dentro del cual Alejandro el Magno emprendió su viaje a los aires, cuando, siguiendo las antiguas Cosmogonias, al llegar a la India creyó encontrarse en el punto donde se juntan el cielo y la tierra.» «Bueno, pero no llegó al término de su viaje.» «No, señor. Con una pértiga, en cuyo extremo colocó un buen pedazo de carne, hacía subir a los pájaros, levantando el cebo hacia lo alto. Pero cuando llevaba recorrida una mitad de su camino, se acercó a él un monstruo de potentes y negras alas que le mandó descender, dirigiéndole terribles amenazas. Entonces el Emperador bajó el cebo por debajo de los picos de los grifones, y éstos descendieron rápidamente hasta devolverle a la tierra.» «No está mal la historia, y que os sirva de enseñanza para no abandonar sin causa muy justificada los senderos de la realidad.»

Tras este breve diálogo se despidió de cada uno de nosotros, dirigiéndonos frases impregnadas de amabilidad. Volvimos a llegar de nuevo a la plaza de Oriente, donde esperaban los coches de punto. Mientras nos encaminábamos a la residencia de Valverde para ponernos nuestros trajes de diario, no acertábamos a creer en la realidad de cuanto habíamos visto y vivido durante aquellas horas. La

impresión producida en mi ánimo por la entrevista con el Monarca fué inmensa. Siempre me había mostrado favorable al principio monárquico, aunque prefiriese la Monarquía electiva a la hereditaria, porque se adaptaba a la constitución romana y bizantina, cuyas ordenaciones políticas merecían mis predilecciones más entusiastas e incondicionales. Por otra parte, este sistema político permitía al final de cada reinado conectar el poder regio con la vida social de la nación ordenada jerárquicamente. Pero mi conocimiento del Rey me llenó de fervor hacia su persona. Mis andanzas por la provincia de Lérida habían permitido forjarme una idea bastante concreta de los problemas más arduos que dividían a los españoles. Aquel día pensé que ese Monarca simpático, abierto de carácter, comprensivo y generoso en su conducta, podía ser el gran árbitro de las luchas sociales y políticas que impedían con sus estridencias el normal despliegue y la más dilatada expansión de nuestras energías colectivas. Tal vez él podría unir al pueblo de España sin conmociones ni desgarres, abriendo una era de paz y de concordia, base sólida de una verdadera hermandad nacional. «La corona real — pensaba para mis adentros — es el símbolo de la función reparadora y de concordia que incumbe al Soberano. Contra la creencia de algunos, la Corona, lejos de representar el omnímodo despliegue de una potestad arrolladora, significa la suprema tentativa de limitación del Poder por la altura, al revés de los grupos políticos demagógicos, quienes postulan una limitación en la base, como consecuencia de la cual puede derribarse toda la ordenación jurídica del Estado. En la personalidad del Rey se compendian el imperio, la dominación, el gobierno, el poder y el éxito, campeando por encima de ellos, a modo de reguladores, la religiosidad y la inteligencia. Pero en el orden temporal la inteligencia implica de por sí una subordinación, pues toda inteligencia recta se halla forzada a reconocer sus propios fallos y a desenvolverse dentro de principios supe-

riores a la propia veleidad personal. El Cetro que representa la suma de obras realizadas es el complemento de la Corona. Por tal razón, limitación y actividad provechosa son los dos cánones maestros de la institución real, a la que alguien ha sintetizado con el emblema «*Stabilia instabilit*», porque todo su contenido se ordena hacia la permanencia y la garantía de una normal transmisión de derechos y deberes, tanto dentro de las familias como entre los individuos, tanto en las clases más humildes como en las más elevadas.»

Pero todas estas reflexiones, y otras sugeridas por la simpatía del Monarca, elemento que constituye como el flúido cordial de las energías humanas—«*vis vitae*»—energía reparadora y constructiva frente a las fuerzas de sedición y de rencor, quedaron pronto apagadas por la realidad de la vida escolar con sus preocupaciones e inquietudes más punzantes. Sin embargo, fué conmovedor para mí que onces años después de aquella visita, cuando Su Majestad me recibió en audiencia privada como subsecretario del Gobierno del Directorio presidido por el general Primo de Rivera, recordase aquel ya lejano diálogo con quien después debía ser ministro suyo, dejando en mi vida el recuerdo de un gran señor, con el que jamás tuve ningún roce ni guardo el más leve recuerdo de desagrado. Este relevante suceso de mis mejores días de estudiante universitario demuestra hasta dónde, en la Universidad de El Escorial, se hacía compatible la disciplina escolar con el contacto frecuente y perfectamente matizado de los alumnos con el mundo exterior. Esa especie de doble vida, constituída por las aulas y la cultura libre, con acusado beneficio para esta última, se reforzó en sus mejores matices desde que llegó a la Universidad escurialense, al comenzar mi segundo año de estudios, Rafael Sánchez Mazas, quien casi inmediatamente fué mi mejor amigo. Con su grata compañía se convirtieron aquellos claustros monacales en prodigioso escenario de un continuo torneo de

discusiones, de inquietudes espirituales, de lecturas comentadas en común, y de divagaciones magníficas, algunas veces verdaderas intuiciones de hechos, de ideas y de doctrinas, que años más tarde tomaron encarnación en la realidad, maravillándonos tal hecho a nosotros mismos, por haberlos vivido anticipadamente con una especie de insospechada clarividencia. La poesía simbólica francesa y la española más reciente, con Rubén, Verlaine, Baudelaire, Rimbaud, Juan Ramón Jiménez, desfiló ante mí, revestida con el fulgurante esplendor del verbo magnífico de Rafael Sánchez Mazas, quien se reveló ya entonces como un lírico genial, aparte su dominio de la prosa y su concepto universalista de la cultura, enriquecido con sus rutilantes facetas del pensador y acerado polemista. El me sirvió de enlace con literatos, por mí tan admirados, como Mourlane Michelena, Basterra y tantos otros.

Todas las tentaciones que me ofrecía El Escorial para eludir mi vocación política y cerrar un compromiso, en virtud del cual pudiese terminar mi carrera, no quebrantaron mi originaria vocación.